

## 0812. Jesús ante los marginados

Cuando los escribas y fariseos, enemigos implacables de Jesús, quisieron enfangar ante el pueblo la buena fama del Señor, dijeron de El esta expresión: *¡Mirad a ese Jesús, que es amigo de publicanos y de pecadores!* (Mateo 11,19). Lo decían como una injuria, pero ha venido a ser entre nosotros y ante todo el mundo el mayor elogio de Jesús, porque con estas palabras confesamos que Jesús es verdaderamente el *Dios que nos salva*, ya que esto significa el nombre de Jesús: *Dios salvador*.

¿Cuál fue la novedad del ministerio de Jesús? Esa precisamente: se acercó a los marginados, se rodeó de todos aquellos que la sociedad rechazaba, se mezcló con todos ellos, los amaba, les hablaba, les ayudaba, los defendía, se ponía de su parte...

Y la lista de los marginados era impresionante.

Estaban primeramente los **pobres**, los que carecían de tantas cosas para la vida. La riqueza era tenida como bendición y predilección de Dios, y la pobreza era todo lo contrario: significaba que Dios no hacía caso del pobre. Viene Jesús y cambia radicalmente esa manera de pensar tan equivocada. Empieza por ser pobre El mismo, y proclama a los cuatro vientos: *¡Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos!* Descubre en ellos muchas riquezas espirituales, como en aquella pobrecita viuda que deposita en la alcancía del templo dos moneditas, y comenta entusiasmado: *¿Lo veis? Esta pobre mujer ha echado más que todos los otros, que dejan aquí algo de lo que les sobra, mientras que ella ha dado todo lo que tenía para vivir* (Marcos 12, 41-44) Los pobres le robaron desde el principio el corazón a Jesús.

A pesar de que eran ricos, porque sabían robar, los **publicanos** o cobradores de tributos eran rechazados por *pecadores*. Ladrones, y al servicio de Roma, eran sacrílegos porque se prestaban a un pueblo incircunciso y pagano. Jesús acoge a los pecadores, se autoinvita a casa de Zaqueo en Jericó, y llega al colmo cuando elige para apóstol suyo nada menos a Mateo, causando

con ello un escandalazo entre los fariseos: *iHabrás visto! iComer el Maestro de Nazaret con esa cuadrilla de publicanos y pecadores!...(Mateo 9)*

Y entre las pecadoras, las primeras estaban, como es natural, las pobres **prostitutas**, despreciadas de corazón por todos. Pero Jesús las comprende, las acoge, y de aquella que se le acerca y le unge con un frasco de perfume, dice conmovido: *iSe le perdona mucho porque ama mucho!... (Lucas 7,047)*

Los **extranjeros**, por ser paganos e incircuncisos, eran rechazados y hasta odiados. Viene Jesús, y escucha atento al centurión romano, se admira de su fe, le pasma su humildad, realiza en favor suyo el milagro de curar a su criado, y lo elogia delante de todos: *iEn todo Israel no he encontrado tanta fe como en este extranjero!... (Mateo 8,10)*

Los **endemoniados** constituían una categoría especial. Y Jesús no los rechaza, los admite en su presencia, y ostenta su poder expulsando de ellos a los espíritus inmundos.

Los **enfermos** eran considerados casi unos malditos, porque su dolencia física era clara manifestación del pecado que llevaban dentro, cometido por ellos o por sus padres. ¿Qué hace Jesús con enfermos? Cura al leproso, devuelve la vista al ciego, levanta de su camilla al paralítico, hace oír y hablar al sordomudo, y remedia a todos los que padecen cualquier mal.

La **mujer** y el **niño** no contaban nada en sociedad y no tenían ningún significado. Eso que hoy decimos nosotros de *los derechos del niño* o *la igualdad de la mujer* hubieran sido entonces expresiones sin sentido alguno, porque mujeres y niños ni entraban en el censo. Viene Jesús, ¡y hay que ver con qué elegancia trata a la mujer, cómo levanta a la caída, cómo libra de la muerte a la que iba a ser apedreada, cómo disfruta con la amistad de las de Betania, cómo se deja acompañar por amigas que le atienden a El y a los apóstoles en su ministerio... Con el niño, igual. A estas horas aún no se ha

apagado, sino que resuena cada vez más fuerte en los oídos de la Iglesia, el grito vigoroso de Jesús: *¡Dejad que los niños vengan a mí!...* (Mateo 19,14)

Jesús se encuentra con una sociedad así de dividida entre ricos y pobres, entre privilegiados y desheredados, entre aceptados y rechazados. ¿Qué hace Jesús ante situación tan injusta, tan desesperante casi?...

No rechaza a nadie. Es el Salvador de todos y todos caben en su corazón. Es amigo de ricos, como de Lázaro el de Betania y José de Arimatea. Intima con senadores como Nicodemo. Alaba al doctor de la Ley que le responde sensatamente sobre el primer mandamiento... Ninguno de los dirigentes del pueblo podrá decir que Jesús lo rechaza por su posición privilegiada.

Pero Jesús opta de modo preferencial por los pobres, que le arrebatan el corazón. Con aquel desahogo del Evangelio: *¡Me da compasión esta pobre gente, porque andan dispersos como ovejas sin pastor!* (Mateo 9,35), ha signado para siempre a su Iglesia, que prueba la legitimidad de su misión, igual que Jesús, cuando puede decir: *¡Los pobres son evangelizados!* (Mateo 11,6)

Con la sensibilidad social de nuestros días, el Evangelio eterno de Jesús adquiere hoy un significado muy especial. El Tercer Milenio del Cristianismo quiere caracterizarse por el bienestar social, la convivencia pacífica entre todos los pueblos, el respeto a todas las personas, sin barreras impuestas por raza, religión o poder, que hasta ahora han sido causa de dolores muy penosos para la Humanidad. ¿Conseguiremos ver convertidos en realidad estos sueños tan halagadores?... Jesucristo dio el primer paso y el más importante, secundado hoy por su Iglesia. Si amamos, aceptamos y ayudamos a los marginados, se rompen todas las barreras y sólo reinan en el mundo el amor y el bienestar...